

22 DE AGOSTO DE 1822.—13 DE MARZO DE 1823

22 de Agosto.—Comencé mi viaje á Santiago. Era mi compañero el honorable Federico de Roos, guardia marina del navío de S. M. B. *Alacrity*, y llevaba conmigo á mi criada y un peón con tres mulas para el equipaje. Nos acompañaron hasta la primera casa de postas, á unas doce millas de Valparaíso, varios amigos de ambos sexos que habían almorzado con nosotros.

En vez de subir las alturas del puerto por el ancho camino carretero que Chile debe al padre del actual Director, tomamos el antiguo, que, por ser más corto que aquél, es todavía preferido, á pesar de su poca comodidad, por los leñadores y, á veces, por las recuas de carga.

Este camino es sumamente escabroso y cortado en muchas partes por las lluvias de invierno, que, acopiándose en las mesetas superiores, se precipitan cerro abajo y abren profundos surcos en el blando suelo rojizo.

Cuando llegamos á la cumbre vimos extenderse ante nosotros una inmensa llanura llamada "los Llanos de Peñuelas", limitada á lo lejos por cerros sobre cuyas cimas se destacaba la nevada cordillera de los Andes. Atraviesan esta llanura numerosos riachuelos y pacían en ella algunos rebaños de ganado mayor; pero carece de árboles.

Hay al fin de ella otra casa de postas, pasada la cual entramos en un camino que va serpenteando al través de una cadena de cerros que separa los Llanos de Peñuelas de los de Casablanca. El pastoral y pintoresco aspecto de este paso nos hizo recordar á Devonshire con sus verdes

colinas, sus arroyuelos y rebaños. Saliendo de él, un camino recto y completamente plano, de unas doce millas de largo, conduce á Casablanca.

Los campos, á uno y otro lado, están casi enteramente cubiertos de espinelas ó mimosas, cuyas fragantes flores perfuman la atmósfera, y el suelo tapizado de césped, anémonas silvestres, onagras blancas, azules y amarillas, ornitógalos, saxifragas y una gran variedad de malvas y diminutos geranios. Pero la estación es aún demasiado temprana para la mejor y más bella parte de Chile.

Casablanca es una pequeña villa con una iglesia, un gobernador y varios administradores de justicia, y envía un representante á la convención. Es célebre por su mantequilla y otros productos análogos; pero debe su principal importancia á que es la única población que hay en el camino entre el puerto y la capital, como también el punto en que se reúnen los productos de varios distritos vecinos para ir de allí á Santiago y á Valparaíso, ya para la exportación, ya para el consumo del país.

Redúcese el pueblo á una larga calle y una plaza, pero la mayor parte de la población de la parroquia reside en las haciendas vecinas. En un costado de la plaza levántase la pequeña iglesia; ocupan los otros tres dos posadas y algunas quintas y huertos, y en el centro tiene lugar una vez al año una corrida de toros, en tan pequeña escala, que los santiaguinos han hecho de ella un tema de risas y, con no poco disgusto de los habitantes del pueblo, han puesto en escena una comedia titulada *La corrida de toros de Casablanca*. Ignoro si Casablanca tiene algún otro título literario á la celebridad, á no ser quizás, el capítulo de los Viajes de Vancouver en que éste equipara la construcción de sus casas con la de las de Valparaíso.

Dice allí, si mal no recuerdo, que ellos enseñaron á la gente de Chile el uso de escobas para el barrido de las casas, suposición que ha herido mucho á los chilenos, que son notablemente aseados y barren sus casas por lo menos dos veces al día.

El capitán Spencer ha tenido la amabilidad de acompañarnos hasta aquí. El viaje á caballo, que sólo es de treinta millas, me fatigó poco, pero mi pobre criada ha llegado tan rendida de cansancio, que me arrepentí de haberla traído, pues aún no llevamos sino la tercera parte del viaje.

Sin embargo, una noche de descanso en camas tan buenas que no quise sacar las nuestras del equipaje, una excelente comida y un almuerzo mejor aún, restauraron de tal modo nuestras fuerzas, que ya no dudamos que amaneceríamos con nuevos ánimos para proseguir el viaje.

El dueño de la posada es un negro británico que algo conoce de las comodidades á que están acostumbrados los ingleses, y en realidad ella ofrece al viajero un lugar de descanso bastante satisfactorio.

23.—El capitán Spencer fué con nosotros hasta la Cuesta de Zapata, cerro muy escarpado por el cual el camino sube serpenteando de tal manera que forma diez y seis mesetas, una sobre otra, que presentan un singularísimo aspecto vistas en perspectiva desde el largo camino recto que va directamente de Casablanca hasta la Cuesta.

El campo de este lado de la ciudad parece mucho más fértil que el que pasamos ayer; entre los grupos de espineles veíanse espaciosos claros pertenecientes á diversas propiedades rústicas. El camino corre entre dos filas de hermosos árboles: maitenes, sauces del país, molles y otros árboles de hoja perenne, que eran más y más numerosos á medida que nos acercábamos á la Cuesta, y formaban matorrales y bosquecillos en las profundas cañadas que interrumpen el camino.

Al pie del cerro nos dejó el capitán Spencer, con gran pesar mío, pues si en cualquier parte es grato tener un compañero inteligente y simpático, lo es mucho más á tan grande distancia de Europa.

Me asombra no haber oído nunca encarecer la belleza de este camino. Quizás los comerciantes que lo frecuen-

tan van preocupados durante sus viajes de las ganancias y pérdidas mercantiles; y los oficiales de la marina inglesa, que van á la capital en busca de diversiones, piensan demasiado en los entretenimientos que les esperan para fijarse en las bellezas del camino. Este me recuerda algunos de los más hermosos paisajes de los Apeninos.

El onduloso valle llamado Cajón de Zapata, que se desplegó á nuestra vista cuando llegamos á la cumbre, sus boscosas hondonadas y las nevadas montañas en el horizonte, formaban un bellissimo paisaje. El cielo estaba sereno, y la temperatura era deliciosa. En una palabra, aquello habría sido un paraje de Italia á no faltar allí los edificios y templos, signos de la presencia del hombre; pero aquí todo es aún demasiado nuevo, tal que uno casi no se sorprendería de ver salir un salvaje de entre los árboles más próximos ó de oír rugir una fiera desde el cerro.

Cuando pudimos resignarnos á dejar el hermoso sitio desde donde dominábamos el espléndido panorama, descendimos al valle y dimos descanso á los caballos en la casa de postas. Mientras éstos descansaban, la dueña de casa nos obligó á entrar y compartir su comida. Es una casa de campo de decente aspecto, y no una posada, aun que está instalado allí el servicio de postas.

Sirviéronnos el popular *charquican*, preparado con carne fresca y seca y diversas legumbres y sazonado con *aji*, ó pimienta chilena, en una gran fuente de plata; y á cada una de las ocho personas que nos sentábamos á la mesa se le distribuyeron cubiertos de plata. Leche, harina de maíz y aguardiente completaban la comida. Por fin, descansados ya nosotros y las cabalgaduras, proseguimos el viaje, habiendo tomado la delantera el peón y las mulas.

Saliendo del Cajón de Zapata, entramos al largo y profundo valle en que se encuentran Curacaví y Bustamante. El primero de esos pueblos se extiende graciosamente al pie de un cerro, entre huertos y jardines y á las orillas de

un ancho riachuelo llamado Estero de Curacaví, que nace de una hondonada distante, y cayo vado se encuentra precisamente en el punto más pintoresco de esa comarca.

Bustamante es un villorrio, y debe su nombre al del mayorazgo á que pertenece; está situado bajo una parte de la serranía que forma la Cuesta de Prado, y poco hay en él que sea digno de mencionarse. La casa de postas esta á cargo de una muy atenta y amable señora, de edad ya avanzada, que nos proporcionó sabrosa carne de cordero con excelente vino y un aseado dormitorio.

El piso de éste es de tierra, en que se hallan afianzadas varias armazones de madera que sirven de lechos. Sobre ellas acomodamos nuestras camas, y dormimos perfectamente.

Mi criada era, como antes, la más cansada de todas, lo que prueba que la juventud y la salud no siempre son los más resistentes compañeros de viaje. Acostóse ella mientras yo me ocupaba en escribir y hacer los preparativos para la mañana siguiente.

24.—A las siete nos pusimos de nuevo en marcha, acompañados del peón Felipe, y como á una mila de Bustamante se nos agregó sencillamente y sin ceremonias otro peón, que conducía carga, é hizo con nosotros el resto de la jornada.

Como el nuevo camino de la Cuesta de Prado da una vuelta de varias millas, Felipe tomó la acertada determinación de llevarnos por el antiguo sendero, abierto en la sierra, que si no hubiéramos estado ya algo acostumbrados á la vista de los precipicios, nos habria infundido terror.

Más ó menos á media milla de Bustamante abandonamos el camino de O'Higgins y entramos en lo que aquí llaman un *monte* (1), ó espesura de bellos arbustos, con

---

(1) Esta aplicación de la palabra *monte* tuvo origen, según parece, en las pampas argentinas, que son tan planas y desnudas que cualquier bosquecillo ofrece desde lejos el aspecto de un pequeño cerro ó monte.

algunos grandes árboles de trecho en trecho. Los gigantes cardones, que aquí y allá sobresalen de entre los arbustos, dan al paisaje un carácter especial muy pintoresco. Como en el centro del monte, en un extenso espacio desprovisto de vegetación, vimos un interesante espectáculo.

Tomaba allí descanso una recua de mulas destinada al transporte de mercaderías por la cordillera. Estaban éstas dispuestas en círculo, un fardo sobre otro, y en el centro del círculo los arrieros y los acémilas descansaban ó comían; dos ó tres de los hombres preparaban la comida en un pequeño fuego que ardía á poca distancia.

Comenzamos luego á trepar la abrupta y escabrosa montaña, y no podíamos menos de detenernos de cuando en cuando á admirar el magnífico panorama que dejábamos detrás de nosotros y asomarnos á los verdes y boscosos abismos que se abrían á nuestros pies.

Aquí y allá seguían las sinuosidades del camino largas recuas de mulas cargadas que se dirigían á la capital, y los prolongados gritos de los muleteros, repercutidos por los cerros opuestos, se armonizaban admirablemente con el paisaje.

Llegamos por fin á la cumbre, y aparecieron los Andes en su nevada majestad, dominando los numerosos cordones de los cerros más bajos; pero no habíamos llegado aún al sitio más bello, que dista como media milla de la unión de los dos caminos, el antiguo y el nuevo, de la cuesta de Prado.

A un lado, los largos valles que acabábamos de pasar, se extendían á lo lejos, engrandecidos por la niebla de la mañana, al través de la cual los cerros circunvecinos brillaban con gran variedad de tintes; al otro encuéntrase el hermoso valle de Santiago, en que se distingue á trechos el camino,

Los elevados cerros que rodean la ciudad y la cadena de montañas más espléndida del mundo, la cordillera de los Andes, coronada de nieve, con sus cimas que parecen

llegar al cielo y sus obscuras quebradas en que flo tan densas masas de nubes, ofrecían á mi vista una escena como jamás había contemplado antes. En el primer plano hay abundancia de bellos árboles; con un río el paisaje habría sido perfecto.

A los pies de la Cuesta, hacia la parte de la ciudad, tuvimos la suerte de encontrar un excelente almuerzo de cordero después de nuestra larga jornada; y tanto nosotros como los caballos pudimos darnos un buen descanso. Desde este punto hasta la parada siguiente, Pudahuel, el camino va por un llano arenoso, salpicado de mimosas y calentado por el reflejo del sol en la tersa y árida superficie. Pudahuel está situado en las márgenes del lago del mismo nombre, que termina en este punto.

Créese vulgarmente que el Mapocho, á cuyas orillas se levanta la ciudad de Santiago, corre hasta aquí y desaparece bajo el cascajo y las arenas para reaparecer por siete bocas al otro lado del monte de San Miguel, de donde se dirige al valle de Maipo, uniéndose á este río cerca de Melipilla; pero el lago de Pudahuel no se comunica con el Mapocho, sino que es alimentado por los riachuelos de Colina y Lampa.

El Mapocho, muy disminuído por los canales que de él se sacan para el regadío, desaparece en cierto punto del llano de Maipo, y por ser las aguas de la bella fuente de San Miguel semejantes en dulzura y otras cualidades á las del Mapocho se le da este nombre hasta su confluencia con el blanquizco y turbio Maipo.

Accidentes ó circunstancias de este género eran poetizados por los griegos con esa rica y fabulosa fantasía que comunicaba especial encanto á todos los objetos que creían dignos de su inspiración.

¡Cuánto más bello es el paisaje que rodea las orillas del Pudahuel que el sucio lavadero que hoy marca el lugar de la en otro tiempo celebrada fuente de Aretusa en Sicilia! Y, sin embargo, mientras estaba allí oyendo y viendo *vulgares sicilianos*, rodeada de sórdidas y misera-

bles casas y sin otro objeto sagrado á la vista que una mutilada imagen de yeso de la Virgen, mi imaginación, que desde mi juventud había anhelado ver el sitio donde "el divino Alceo se deslizó bajo la tierra para ir al encuentro de su Aretusa", no tardó en revestir de mármol las rocas y restaurar los palacios, las estatuas y la magnificencia de esa fuente que en otro tiempo mereció la alabanza ó el reproche de ser el sitio más voluptuoso de una voluptuosa ciudad. Aquí Pudahuel desaparece en su belleza solitaria, sin que ningún poeta lo cante, sin que se le tribute honor alguno.

El panorama que se divisa desde el paseo de Pudahuel es bellissimo. Mirando á través del río, cuyas escarpadas orillas adornan grandes árboles, el valle de Santiago se extiende hasta las montañas, á cuyos pies se despliega la ciudad con sus blancas torres, y da á todo el conjunto un carácter especial que lo distingue de los demás bellos paisajes de Chile, en que la ausencia de habitaciones humanas imparte cierto sello de melancolía sobre la Naturaleza.

Tres millas más allá de Pudahuel nos encontramos con don José Antonio de Cotapos, cuya familia me había invitado bondadosamente á alojarme en su casa mientras permaneciera en Santiago, y aunque no había aceptado la invitación, creyendo que tendría más libertad en un hotel inglés, no pude realizar tal propósito, pues algunas millas más adelante me encontré con Mr. Prevost, quien me dijo que las señoras se darían por ofendidas si no aceptaba su hospitalidad con preferencia á cualquiera otra.

Apenas había dado mi asentimiento, llegaron dos coches con la señora de Cotapos y tres de sus bellísimas hijas, que habían venido á mi encuentro para llevarme á la ciudad. Rehusé este ofrecimiento por no entrar al coche cubierta de polvo. Seguí, pues, á caballo, y fui muy amablemente recibida por doña Merceditas, otra hija de la señora, cuya gracia y cortesanía igualan su hermosura.



Después de tomar algún descanso y vestirme me llamaron á comer; allí encontré toda la familia reunida y algunos otros caballeros que habían sido invitados para que me conocieran é hicieran honor á la fiesta de recepción. La comida fué más copiosa de lo que en nuestros hábitos permitiría el buen gusto; pero todos los manjares estaban bien preparados, aunque demasiado cargados de ajos y aceite. Sirvióse el pescado entre los últimos platos.

Todos los guisos fueron servidos en la misma mesa, y era difícil resistir á las apremiantes y repetidas invitaciones á comer de cuanto había. Se considera como una muestra de la más delicada atención sacarle á alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo, y á nadie se le hace escrúpulo servirle á uno con el cuchillo ó cuchara con que ha estado comiendo, ó tomar algo directamente de la fuente sin intervención de platos. Entre los servicios ofrecíase pan, mantequilla y aceitunas.

A juzgar por lo que hoy he visto, podría decir que los chilenos comen mucho, especialmente dulces, pero son muy parcos en la bebida.

Después de la comida tomamos café, y, habiéndose ya hecho tarde, todo pasó más ó menos como en una casa inglesa, salvo que la mayor parte de la familia se retiró á practicar sus devociones. En la noche llegaron algunos amigos y parientes de la familia, y los jóvenes de ambos sexos se entretuvieron en danzar.

Las personas mayores conversaban alrededor de un brasero, resguardadas por una gruesa cobertura, dispuesta de tal modo que á la vez que conducía el calor á las rodillas impedía que subieran hasta la cabeza los nocivos gases del carbón.

Hace muy poco tiempo que las damas chilenas han aprendido á sentarse en sillas, en vez de hacerlo sobre el estrado. Ahora, en lugar del estrado, hay generalmente largas alfombras á cada lado de la sala y dos filas de sillas, con tan poca distancia entre una y otra fila, que los

pies de una persona quedan en contacto con los de la que está sentada frente á ella.

Los más graves y de más edad se sientan con las espaldas hacia la muralla, y frente á ellos las niñas; los jóvenes se colocan detrás de éstas, y la conversación, general ó particular, se hace sin ceremoniosa afectación y á media voz.

Cuando hay un número suficiente de personas comienza el baile, con un minué, que poco se parece, en verdad, al grave y majestuoso minué que hemos visto en Europa. Grave es, sin duda, pero incorrecto y descuidado; no hay en él elegancia, finura, nada, en una palabra, en que el famoso capitán Nash de Bath pudiera reconocer los graciosos movimientos de las danzas que presidió durante tanto tiempo y con tanta maestría.

Después del minué se bailan alemandas, cuadrillas y danzas españolas. Estas últimas son muy graciosas, y tales como las he visto aquí me recuerdan las poéticas danzas que suelen representar la antigua escultura y la pintura moderna; pero en aquellos tiempos el arte coreográfico no establecía tan íntimo contacto entre la juventud, alegría y belleza femeninas y un compañero de baile. Sin embargo, aquí parecen estar habituados á ello, y reconozco que fué una tontería mía el haberme dejado alarmar por semejante espectáculo.

Luego que terminó el baile y se retiraron las visitas, cerróse la puerta de la casa, y la familia pasó al comedor á tomar una cena caliente, que aquí es la comida principal. Como yo no acostumbro comer en la noche, me retiré á mi aposento, sumamente complacida de las amables y finas atenciones y franca hospitalidad de mis nuevos amigos, y demasiado cansada para pensar en otra cosa que en dormir.

Hacia tanto tiempo que no oía cantar á un guardián de ronda, que experimenté una indecible sorpresa cuando llegó á mis oídos, mientras me acostaba, el canto de *Ave María purísima; las once de la noche han dado, y*

sereno", canto que despertó en mí muchos recuerdos, asociados con

*The bellman's drowsy charm,  
To bless the doors from nightly harm. (1)*

25.—Los primero que hice después de levantarme fué examinar la distribución de los diversos departamentos de la casa, y comencé mi inspección por la puerta por donde había entrado ayer, buscando en vano á uno y otro lado de ella alguna ventana que diera á la calle. La casa, como todas las que desde aquí alcanzaba á descubrir, tenía por todo frente una muralla baja y blanqueada, sobre la cual se proyectaba un enorme alero de tejas; en el centro un gran portal ó zaguán, con puertas de doblar, y una torrecilla llamada *el alto*, con ventanas y balcón en la parte superior, donde se encuentra mi aposento; debajo de ella, cerca de la puerta de calle, está la habitación del portero. Este portal desemboca en un gran cuadrángulo empedrado, á que dan numerosos departamentos. Los de la derecha é izquierda parecen ser almacenes ó depósitos de provisiones; al frente se encuentran la sala, el dormitorio principal, que hace tambien las veces de sala, y una ó dos piezas más pequeñas.

A continuación de este cuadrángulo sigue otro, adornado con plantas en macetas y árboles frutales, y circundado por una cómoda y agradable galería, donde las hijas de la dueña de casa acostumbran recibir á sus amigas ú ocuparse en sus labores domésticas.

Alrededor de este cuadrángulo ó *patio* están dispuestos los aposentos privados de la familia, y detrás de él hay otro más pequeño, donde se encuentra la cocina, despensa y piezas de la servidumbre, y por el cual, como en casi todas las casas de Santiago, corre una acequia constantemente llena de agua.

(1) «El soñoliento canto del rondador, que defiende las habitaciones de los peligros de la noche.»

La disposición de las casas, bastante cómoda y agradable para sus moradores, es fea exteriormente y comunica á las calles un aspecto triste y plebeyo. Estas son anchas y bien empedradas; tienen aceras con pavimentos de granito, y por casi todas ellas corre siempre un arroyuelo, que, con un poco de más atención de la policía, podría hacer de esta ciudad la más limpia del mundo. Con todo, no es muy sucia, y cuando recuerdo á Río Janeiro y Bahía estoy por declararla absolutamente aseada.

La casa de Cotapos está amueblada con lujo, pero sin elegancia. Sus ricos espejos, sus hermosas alfombras, un piano fabricado por Broadwood, y una buena provisión de sillas, mesas y camas, no precisamente de las que hoy se usan en París ó en Londres, pero sí de las que estuvieron allá de moda hace un siglo ó poco más, hacen un lucidísimo papel en esta apartada tierra del continente austral. Pero con el comedor no puedo transigir. Es el aposento más obscuro, triste y feo de la casa. La mesa está casi pegada á la muralla, en un rincón, de suerte que una de las extremidades y un costado apenas dejan espacio suficiente para las sillas; un regular servicio es así punto menos que imposible.

Cualquiera creería que ha sido dispuesto de esta manera para comer en secreto; y me hace pensar, especialmente cuando las grandes puertas se cierran de noche antes de la principal comida, en los moros é israelitas de la península española, ocultándose celosamente de la vista de los godos, sus opresores.

Me sirvieron en mi aposento mi acostumbrado desayuno de té, huevos y pan con mantequilla. La familia no come nada á esta hora; pero aquí algunos se desayunan con una jícara de chocolate, otros con un poco de caldo, y los más con mate.

Las señoras pasaron á saludarme antes de irse á misa, y en esta ocasión habían cambiado sus vestidos de estilo francés por otros enteramente negros, con la mantilla, que

hace aparecer á una hermosa española ó chilena diez veces más hermosa y agraciada.

Como á medio día, el señor de la Salle, uno de los ayudantes de campo del Director Supremo, me trajo un atento saludo de bienvenida de su excelencia. Por conducto de este caballero envié mis cartas de introducción á doña Rosa O'Higgins, y se convino en que la visitaría mañana por la noche, porque hoy va al teatro. Poco después de comer, el señor de Roos y yo acompañamos á don Antonio de Cotapos y dos de sus hermanas al llano, situado al Sur-Oeste de la ciudad, á ver las *chinganas*, ó entretenimientos del bajo pueblo.

Reúnense en este lugar todos los días festivos, y parecen gozar extraordinariamente en haraganear, comer buñuelos fritos en aceite y beber diversas clases de licores, especialmente *chicha*, al son de una música bastante agradable de arpa, guitarra, tamboril y triángulo, que acompañan las mujeres con cantos amorosos y patrióticos. Los músicos se instalan en carros, techados generalmente de caña ó de paja, en los cuales tocan sus instrumentos para atraer parroquianos á las mesas cubiertas de tortas, licores, flores, etc., que éstos compran para su propio consumo ó para las mozas á quienes desean agradar.

Algunas de las flores, como los claveles y los ranúnculos, se venden á precios exorbitantes: suelen pedir hasta medio peso por cada una, y un peso por un ranúnculo amarillo con pétalos matizados de rojo y verde. El pueblo, hombres, mujeres y niños, tiene verdadera pasión por las *chinganas*. El llano se cubre enteramente de paseantes á pie, á caballo, en calesas y carretas; y aunque la aristocracia prefiere la Alameda, no deja de concurrir también á las *chinganas*, donde todos parecen sentirse igualmente contentos en medio de una tranquila y ordenada alegría.

En Inglaterra estoy cierta de que en una concurrencia tan grande de gente no dejaría de haber desórdenes y riñas; pero nada de esto ocurrió aquí, á pesar de que se jugó mucho y se bebió no poco.

En la noche asistí á la tertulia de la familia Cotapos, en que hubo la música, baile y charla de costumbre, y pude observar que en Chile la belleza y el traje de una joven son criticados por las demás lo mismo que entre nosotros. Y ya que hablo de cosas femeninas, agregaré que jamás había visto tantas mujeres hermosas en un solo día como he visto hoy aquí.

No me atrevo á asegurar que hubiera entre ellas alguna de extraordinaria belleza; pero sí puedo afirmar que tampoco vi ninguna fea. Son por lo común de mediana altura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos, azules y negros, y en cuanto al sonrosado color de su tez, nunca lo puso más bello “la pura y diestra mano de la Naturaleza”; pero ¡ay! “la cariñosa mano de la Naturaleza es generosa, mas no pródiga”, y estas lindas criaturas, dotadas de tantos atractivos, tienen generalmente una voz desapacible y áspera, y en el cuello de algunas observé cierta tumefacción que indica que la papera ó bocio es frecuente en Chile.

26.—Esta mañana, al asomarse á la calle poco después de aclarar el día, vi llegar las provisiones de los campos vecinos para el mercado. Los cuartos de vaca y las mitades de cordero venían sobre el lomo de los caballos delante de un hombre ó muchacho, envuelto en su *poncho* y montado junto á la cola de la cabalgadura; las aves, en grandes arcas de cuero con rejillas, sobre mulas. Huevos, mantequilla, leche, queso, verduras, legumbres, todo era conducido por bestias de carga, porque ningún chileno se allana á emprender á pie una larga caminata, y mucho menos con una carga sobre los hombros, salvo que una imperiosa necesidad se lo exija. Y mientras desfilaban en una dirección las acémilas cargadas de comestibles, numerosas mujeres con manto, alfombra y devocionario iban en otra al templo, á oír misa.

Los gritos de los vendedores en las calles son casi tan ininteligibles como los de Londres, y, con excepción de

*Sweep!* y *Old Clothes!* (1), se refieren á los mismos artículos.

El juez Prevost vino poco después del almuerzo y me hizo algunas indicaciones acerca de mi vista de esta noche á doña Rosa O'Higgins. Parece que ir á pie á una visita de etiqueta, aunque sea á la casa vecina, es algo tan contrario al buen tono que no debo ni pensar en tal cosa. Debo ir, por lo tanto, en un coche de la familia Cotapos, acompañada por dos de las señoras. Confieso que este último punto me alarmó.

Esta familia es una de las más respetables de Santiago; pero una de las hijas fué casada con un Carrera; toda la familia fué partidaria de Carrera, y más de uno de sus miembros ha tomado parte en conspiraciones contra el gobierno actual, mas aún, contra la vida del Director, según se dice, y yo sé perfectamente que, á pesar de los generosos deseos del señor Prevost, no se ha dado aún ningún paso hacia una reconciliación amistosa entre el palacio directorial y la casa de Cotapos. Si yo he de ser un instrumento de reconciliación y paz, en buena hora, pero me agradaría más que se me dijera francamente qué se espera de mí.

Fuí á ver la plaza: uno de sus costados es ocupado por el palacio, que comprende la residencia del director, los tribunales de justicia y la cárcel pública. La construcción es de muy bella arquitectura, pero aun está inconclusa, porque cuando se agregó el palacio directorial faltó el dinero; sin embargo, todo el primer piso corresponde al orden dórico del resto, y podrá ser terminado tan pronto como el gobierno tenga fondos con que hacerlo.

En el costado Poniente de la plaza se encuentra la catedral, inconclusa también y de orden dórico, el palacio del obispo y algunos edificios inferiores. En el lado Sur hay una arquería frente á las casas particulares, cuyos primeros pisos sirven de tiendas de comercio, y debajo

(1) El primero es el grito de los deshollinadores de chimeneas, el segundo el de los ropavejeros.—(N. del T.)

de la arquería se ve una serie de puestos por el estilo de los bazares de Londres.

En las noches de luna la arquería y sus tiendas presentan un aspecto muy alegre y animado. Las damas acostumbran recorrer entonces las tiendas y puestos á pie, y como todos están iluminados, la escena es bellísima.

En el cuarto costado sólo hay edificios vulgares, de los cuales el hotel inglés es uno de los mejores. Pasamos por varios otros edificios públicos, bellos en general y casi todos de orden dórico; sin embargo, el aspecto de las calles es feo á causa de la desnudez y monotonía de los frentes de las casas particulares.

Después de la comida el señor De Roos y yo fuimos á los Tajamares y á la Alameda.

Los Tajamares son un sólido parapeto de albañilería construído para defender la ciudad de las creces del Mapocho, que, aunque de ordinario es un inofensivo riachuelo que corre por un angosto canal en medio de un ancho lecho de piedras, se convierte dos veces al año en un impetuoso torrente.

El invierno por las lluvias, y el verano, por la fusión de las nieves andinas, son las estaciones en que suelen tener lugar sus formidables creces, y si no fuera por los Tajamares inundaría la mayor parte de la ciudad.

La Alameda está dentro del recinto de los Tajamares; un paseo encantador, con largas filas de sauces y una vista espléndida.

Una angosta callejuela nos llevó de aquí al peñón de Santa Lucía, que debería ser la ciudadela de Santiago. Se alza más ó menos en el centro de la ciudad y la domina; en sus extremidades opuestas hay actualmente dos pequeñas baterías de cañones.

Mientras lo subíamos no podíamos menos de admirar los inmensos bloques de granito que la naturaleza parece haber amontonado aquí jugando, que unas veces forman cavernas y otras quedan suspendidos sobre el camino, y



nos recordaban las enormes rocas que los antiguos caciques precipitaban sobre sus invasores.

Desde el Santa Lucía veíamos todo el valle de Santiago hasta la cuesta de Prado, el llano de Maipo, que iba á perderse en el horizonte, la nevada cordillera, y á nuestros pies la ciudad, sus jardines, sus templos y su magnífico puente, todo iluminado por los rayos del sol poniente, que en la ciudad, el valle y las montañas producía esos mágicos efectos que los poetas y pintores se complacen en describir. Pero ¿qué pincel y qué pluma podrán darnos una pálida idea de los Andes iluminados por los últimos rayos del sol? Yo los contemplaba.

—“Till the place became  
Religion, and my heart ran o'er  
In secre worsip“ (1).

La campana de San Isidro vino á sacarme de mi contemplación, haciéndome volver los ojos hacia su pequeña iglesia, sobre la cual se cernía una inmensa y negra nube y de cuyas puertas salía una larga y solemne procesión de sacerdotes que comenzaban una rogativa de nueve días á San Isidro y al apóstol Santiago, patrono de la ciudad, para pedirles lluvia..

Yo quisiera que la superstición se hubiera limitado á poner cada país, ciudad é individuo bajo la tutela de un santo patrono, ya que hay algo tan consolador en la creencia de que un ser superior vela sobre nosotros, pronto siempre á interceder por nosotros ante el Supremo Juez. Los frívolos atenienses tenían á su Minerva, los poderosos romanos á Júpiter, el señor de los dioses; Inglaterra reconoce todavía la protección de San Jorge; ¿por qué, pues, no ha de tener Santiago por patronos al santo de su nombre, el espejo y modelo de las órdenes de caballería, y á San Isidro, el labrador? Una mujer con quien

(1) “Hasta que aquel sitio se transformó en un templo de la Divinidad y mi corazón se desbordó en secreta adoración.”

entré en conversación en el cerro me dijo que aquí el tiempo seco es tenido por muy malsano, y que cuando no llueve los cuerpos se resecan como la tierra, y que por lo tanto había gran necesidad de recurrir á la intercesión de los santos para alejar de la ciudad las epidemias y la carestía. Me agregó que de la sequedad del tiempo provenían fiebres é inflamaciones de la garganta. Si esto no es una preocupación infundada, es bastante singular.

Volvimos á casa á vestirnos para la visita á palacio, á la que fui acompañada por el juez Prevost, la señora Cotapos y su hija segunda, Mariquita, joven más cultivada de lo que aquí se acostumbra. Ambas me pidieron excusas de presentarse con medias de algodón y toscos zapatos negros, manifestándome que, á causa de un voto que habían hecho durante una grave enfermedad del anciano don José Miguel Cotapos, estaban obligadas á usar esas medias y zapatos durante un año, si sus oraciones alcanzaban la salud del paciente.

Aunque no pude menos de sonreirme al oír tal cosa, comprendí que el afecto que les había inspirado esta promesa era demasiado respetable para reirme de ella; ni se me ocultó el extraordinario mérito de semejante voto, pues en nada es más delicada una dama chilena que en la elección de su calzado.

La señora Cotapos me hizo la confidencia de que los zapatos le atormentaban de tal manera, que se había visto obligada á ponerles algodón para que la mortificaran un poco menos los pies. Afortunadamente no me comprendió cuando murmuré entre dientes las palabras de Peter Pindar: *It took the liberty to boil mi peas* (1). Mariquita cumple su voto sin salvedades de ninguna especie.

Entramos al palacio con menos alboroto y ceremonias que en cualquier casa particular. Las salas están bien amuebladas; pero con sencillez: estufas inglesas de hierro fun-

(1) Literalmente: *Me tomé la libertad de cocer mis guisantes.*

Esta frase encierra un sentido análogo al de nuestro refrán: "Cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo".—(N. del T.)

dido, alfombras escocesas, porcelanas y relojes de mesa franceses, poco ó nada que pareciera español y mucho menos chileno. La madre del Director, doña Isabel, y su hermana doña Rosa nos recibieron, no sólo cortésmente, sino con exquisita amabilidad.

El recibimiento del Director fué de lo más halagador para mí y mi joven amigo De Roos. Su excelencia había residido varios años en Inglaterra, de los cuales pasó gran parte en una academia, en Richmond. Luego me preguntó si había estado alguna vez allí; se informó con mucho interés de mi tío, sir David Dundas, y de varios amigos y parientes míos, por sus nombres y, muy especialmente, de sus viejos maestros de música y otras artes.

Mucho me agradó la bondad de sentimientos que demostraban estos recuerdos, y más aún cuando vi que algunas muchachitas de aspecto salvaje entraron á la sala, corrieron hacia él y se abrazaron de sus rodillas y supe que eran indiecitas huérfanas salvadas de morir en los campos de batalla. En las invasiones que suelen hacer en los territorios de que han sido despojados, los indios acostumbran llevar consigo á sus mujeres é hijos.

Cuando se libra un combate y se hace encarnizado, las mujeres toman generalmente parte en él. Si la suerte les es adversa, no es raro que los hombres maten á sus mujeres é hijos para impedir que caigan en poder del enemigo, y, en realidad, con esto no se conseguía hasta ahora otra cosa que anticipar unos cuantos minutos la muerte de estas infelices criaturas, pues ni por una ni por otra parte se da ni se acepta cuartel, y tanto menos, cuanto que en las filas españolas militan muchos indios, que, á despecho de su semicivilización, conservan siempre sus feroces costumbres guerreras.

El Director da una recompensa por cada persona salva da en esas ocasiones, especialmente por las mujeres y niños. A los niños se les educa, y servirán más tarde de mediadores entre la raza indígena y Chile, y, para este fin se procura que no olviden su lengua nativa.

El Director les dirigió la palabra en araucano para que yo oyese hablar en este idioma, que me pareció armonioso y agradable, debido, quizá, en parte, á la suavidad de las voces infantiles. Una de ellas me agradó especialmente, la pequeña María, hija de un cacique que, con su mujer y los hijos mayores, fué muerto hace poco en un combate. Doña Rosa cuida á las pequeñas prisioneras con esmero y bondad maternas.

He quedado encantada del modo tan noble y humano con que les hablaba. En cuanto á doña Isabel, parece vivir de la fama y grandeza de su hijo: lo contempla con miradas que revelan el más tierno amor maternal y escucha con singular satisfacción los cumplimientos que le dirigen.

El es modesto, abierto, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos, los atribuye á la influencia del amor patrio, que como él dice, puede inspirar á un hombre vulgar los más nobles sentimientos.

Discurrió con mucha franqueza sobre la actual condición de Chile, y me dijo que no dudaba que yo estaría sorprendida del atraso del país en muchas cosas, haciendo especial mención de la falta de tolerancia religiosa, ó más bien, la pequeñísima proporción en que, dado el estado general de las cosas, ha podido hasta ahora concederla sin turbar la tranquilidad pública, y se manifestó algo dispuesto á censurar á ciertos protestantes que prematuramente pretendían exigirle la construcción de un templo y el reconocimiento oficial de aquel culto, olvidando que hace todavía muy poco tiempo que se les concedió la libertad privada de conciencia y un cementerio exclusivo para ellos en un país que apenas doce años ha estaba sometido á la Inquisición de Lima.

Insistió mucho en la necesidad de la instrucción pública, y me habló de las escuelas lancasterianas y otras recientemente establecidas en Santiago y otras ciudades de Chile, que en proporción al número de habitantes son, sin duda, numerosas.

Llegaron en este momento otras personas, entre ellas el coronel Cruz, que me fué presentado por el Director como el futuro gobernador de Talcahuano, y á quien recomendó que me atendiera en mi próximo viaje al Sur.

Entre los militares presentes había algunos franceses que no me parecieron tener mucha de esa distinción y finura que caracterizan á sus compatriotas.

Permanecían en profundo silencio mientras algunos miembros del *Cabildo*, esto es, de la corporación municipal de Santiago, discutían diversos temas políticos relacionados con la proyectada constitución, hasta que doña Rosa, viendo que la conversación llevaba visos de hacerse exclusivamente política, pidió á doña Mariquita que tocara alguna pieza de música francesa, lo que hizo al punto de memoria y con notable perfección, dando pruebas de que posee un finísimo oído y manos muy diestras.

Púseme á observar mientras tanto las personas que me rodeaban. El Director vestía, como de costumbre, su uniforme de general; es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez encendida y sus algo toscas facciones no desmienten su origen irlandés, al par que la pequeñez de sus pies y manos son signos de su procedencia indígena. Doña Isabel representa mucha menos edad de la que tiene, y, aunque de baja estatura, es muy hermosa.

En doña Rosa se reproducen en mayor escala los caracteres físicos del Director. Vestía un sobretodo de raso carmesí y faldas blancas, traje muy usado aquí. A juzgar por lo que hasta ahora he visto, en Chile el tipo masculino es más feo y tosco que el femenino, que, en general, se distingue por su belleza y distinción.

Las chilenas poseen una urbanidad natural y llana y maneras afectuosas que me encantan; pero á la vez he notado en ellas algunas costumbres desagradables. Por ejemplo, una rolliza y bella señora que vino hoy á palacio vestida de raso azul, se hizo poner delante de ella una escupidera, en que escupía sin cesar y con gran destreza,

como para demostrar que estaba habituada á semejante maniobra. Sin embargo, las jóvenes aristocráticas y todas las que quieren ser tenidas por tales están abandonando rápidamente estos feos hábitos.

Como á las diez nos retiramos del palacio, y encontramos á nuestros jóvenes entretenidos todavía en danzar. Me quedé con ellos un rato, y en seguida me fuí á mi aposento á escribir el diario de mi segundo día en esta capital, con la que estoy muy complacida.

27.—Visité á doña Mercedes del Solar, cuyo padre, don Juan Enrique Rosales, fué uno de los miembros de la primera Junta del gobierno revolucionario de 1810. Es una hermosa y distinguida señora; conoce bastante bien la literatura francesa y habla esta lengua con perfección.

Me recibió en su dormitorio, que, como he dicho antes, es usado con frecuencia como sala de recepciones. Rodeábanla graciosos niños y algunas lindas sobrinas. Tenía junto á ella una pequeña mesa con libros y útiles de costura, y delante un gran brasero lleno de carbones encendidos, de plata maciza, artísticamente grabado en realce, dentro de una armadura de madera curiosamente labrada, y con tenazas de plata cincelada para atizar el fuego.

Ya había visto antes otros de la misma clase, pero aquí parecía guardar armonía con el resto del mobiliario y con las personas. El majestuoso lecho francés, el piano abierto, la guitarra, el ostentoso reloj de bronce, las damas, los niños, los libros, los materiales de costura, los jarrones de porcelana llenos de flores y el rico brasero chileno, del que subía el humo fragante del sahumero, formaban un encantador conjunto, iluminado por la luz que entraba por una alta ventana y que desearía ver reproducido por un hábil pintor.

No habría cambiado el amplio ropaje de pieles de la madre, que dejaba descubierta su blanca y algo llena garganta, ni el pálido rostro del pequeño Vicente (1), por

(1) Don Vicente Pérez Rosales, hijo del primer matrimonio de

todas las invenciones de los pintores que más han sobresalido en la pintura de interiores. Tengo especial interés por Vicente, inteligentísimo niño. Viajó conmigo en el *Doris* desde Río de Janeiro, adonde había llegado en el *Owen Glendower*. Se resfrió al doblar el cabo de Hornos, y lo hacía pasar en mi camarote todo el tiempo que permitían las circunstancias. Hablábamos un día de las islas recientemente descubiertas, de New Shetland del Sur (1) y de los restos de un navío español que allí se encontraron, navío que conducía tropas á Chile y del cual nada se había sabido hasta entonces.

El niño, que estaba pendiente de la conversación, me dijo: "He ahí la fortuna de Chile; cuando los tiranos envían buques para oprimirlo Dios los hace naufragar en costas desiertas". Espero que sus excelentes disposiciones, que tanto prometen, no serán destruidas por su continuo trato con los franceses que frecuentan la casa de su padre, don Felipe del Solar, que es agente general de todos los buques franceses que llegan á Chile.

Acaso será este un sentimiento poco noble, pero no puedo evitarlo; hay ciertas cosas que, como la fe, no dependen de la voluntad, y ésta es una de ellas. Quizás envidiaba á los autores franceses el lugar que ocupan sobre la mesa de la señora Solar, y habría preferido ver allí el *Rape of the lock* en lugar del *Lutrin* (2).

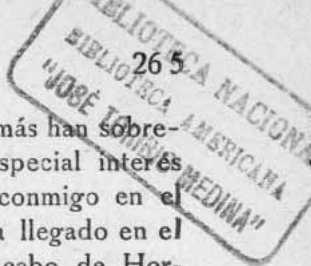
En la tarde fuimos á caballo á la quinta del canónigo Herrera, cerca de la Alameda, hacia el Noreste. La casa es espaciosa y cómoda, el jardín delicioso. Pequeñas corrientes de agua, conducidas por canales curiosamente dispuestos, lo recorren en todas direcciones y mantienen

---

doña Mercedes, fundador de la colonia alemana de Llanquihue y autor, entre otras obras, de los *Recuerdos del pasado*.

(1) Propiamente, descubiertas por segunda vez. Walter Raleigh estuvo en ellas é hizo ahorcar en la costa á algunos soldados amotinados.

(2) Célebres poemas satíricos, inglés y de Pope el primero, francés y de Boileau el segundo.—(N, del T.)



una nunca interrumpida sucesión de las más bellas y raras flores: violetas, alelíes, claveles, ranúnculos.

Hay exquisitas naranjas, de que comimos una buena cantidad, limoneros, un extenso huerto, viña, lechería, todo lo que hace grata y provechosa la vida del campo.

De la quinta del canónigo seguimos nuestro paseo entre un frondoso olivar y extensos huertos de cerezos, duraznos, manzanos y perales, cubiertos de flores, y cruzando dos ó tres cercados, en cada puerta de los cuales estábamos seguros de encontrar alguien que nos la abriera (y también alguien que nos pidiera dinero, práctica de que aquí nadie parece avergonzarse), salimos á la *Cañada*, que hasta hace poco era un suburbio pantanoso de la ciudad.

Actualmente O'Higgins la hace secar, despejar y plantar de árboles, de modo que pronto superará á la Alameda en belleza, como la supera en extensión. El agua, que antes corría libremente, va ahora por un canal artificial, con árboles á uno y otro lado y cómodos senderos para el tráfico á pie y caminos más anchos para los carruajes y caballos. Esto se encuentra terminado ya en parte, y se sigue trabajando con actividad.

28.—Día de San Agustín. No estoy en muy buenos términos con este santo, porque no ha hecho otra cosa que contrariarme todo el día. Pero, comencemos por el principio:

En las primeras horas de la mañana sentí una campanilla que me recordó la que en las tardes de invierno hacen sonar los vendedores de *muffins* (1).

Me asomé á la ventana, y vi en primer lugar un niño que agitaba la mencionada campanilla, y en seguida otro con un lío de cirios. Todos al verlos se detenían, con la cabeza descubierta, y en actitud como de rendir homenaje. Detrás de los dos niños apareció una calesa de color

---

(1) Especie de panecillos, muy populares en Inglaterra, que se toman generalmente con el te.—(N. del T.)



azul obscuro, con pinturas de glorias y espíritus santos. Dentro de ella venía un hombre vestido de raso blanco con bordados de plata y seda de varios colores.

Precedíala un hombre con un farol dorado; otros, con quitasoles, la seguían. Pregunté qué significaba aquello, y me contestaron que era el Padre Eterno, expresión chocante para nosotros, mas no para un español católico, que reconoce la presencia de la Divinidad en la Hostia que se le lleva á un moribundo, que no otra cosa era la procesión que acabo de describir.

Esto fué lo único digno de mencionarse que ocurri6 antes que comenzara la serie de contratiempos ocasionados por San Agustín. Fué el primero la visita que en compañía de Mr. De Roos hice á la escuela lancasteriana, pues nos encontramos con que los alumnos estaban en la misa de San Agustín y la escuela cerrada. Nos dirigimos á la imprenta nacional, cerrada también, y los impresores en la fiesta del santo.

De allí seguimos al Consulado, deseosos de presenciar una sesión de la convención, idéntica cosa, los señores convencionales estaban en misa. Perdiendo entonces toda esperanza de ver ningún establecimiento público, resolví batirme en retirada y me encaminé á la plaza con intención de tomar algunos croquis desde un balcón que para este objeto me habían ofrecido, nada tampoco, el dueño de la casa se había ido á la misa de San Agustín con las llaves en el bolsillo.

No me quedó, pues, otro recurso que volverme á casa, esperando tener mejor suerte en la tarde. Comencé á dibujar el patio interior; pero numerosas visitas, aprovechando el día festivo, llegaron unas tras otras y no pude hacer casi nada.

Después de comer cobré nuevos ánimos y me dispuse para ir, con la señora Cotapos y sus hijas, á visitar el monasterio de las monjas de San Agustín; pero como acababan de celebrar la fiesta de su santo, y con ella y la vigilia y el tanto cantar durante todo el día y parte de la

noche la madre abadesa y su comunidad habían quedado sumamente fatigadas, no pudieron recibirnos.

La esquila en que se nos comunicaba esta desagradable noticia nos llegó cuando estábamos vestidas y listas para salir, y fuimos á visitar á las señoras Godoy, en cuya casa vive el juez Prevost. Son parientes de la señora Cotapos y muy joviales y agradables.

Pasamos un buen rato charlando en el patio ó jardín interior, que se asemeja á los moriscos que describen los novelistas y viajeros. Unas lindas indiecitas, graciosamente vestidas, nos sirvieron mate; y en seguida pasamos á la casa, cuyas chimeneas, mobiliario y demás comodidades le dan un perfecto aire europeo. Tuvimos un poco de música y nos volvimos á pie; mis amigas, como de costumbre, sin sombreros ni velos y con zapatos de raso.

Aproveché los intervalos entre los contratiempos ocasionados por San Agustín para ir al grande y hermoso templo que perteneció á los jesuítas, donde las músicas militares de las tropas durante la misa y las solemnes melodías del órgano producían un soberbio efecto, y á la catedral, cuyo interior es muy hermoso, aunque todavía inconcluso.

Hay allí valiosos artículos de plata, y particularmente un rico frontal de altar (1). Para estas visitas hube de ponerme manto, porque aquí no se permite á las mujeres entrar á los templos con sombrero.

29.—El juez Prevost, que siempre está pronto á satisfacer mis deseos de ver todas las cosas interesantes de Chile, Mr. De Roos, doña Mariquita y don José Antonio Cotapos, algunos jóvenes ingleses y yo, fuimos á caballo al *Salto de Agua*, única obra de los antiguos araucanos que queda en los alrededores de la capital. Atravesamos el Mapocho por el magnífico puente de piedra construido por don Ambrosio O'Higgins, y después de recorrer el

---

(1) Probablemente el que fué de los jesuítas y se conserva todavía en el altar mayor.—(N. del T.)

barrio de la Chimba, famosa por su bien montada cervecería y sus salazones de cerdo, nos dirigimos á la fábrica de pólvora, actualmente ruinoso.

Los molinos de la pólvora eran movidos por el agua, y la maquinaria tosca y muy peligrosa, pues los ingredientes se pulverizaban y unían en morteros de piedra. Esta fábrica, que costó al antiguo gobierno español una enorme suma de dinero, fué destruída por los Carreras en su retirada ante el ejército de Osorio, en 1814, y, á pesar de la gran falta que hace, no ha sido restaurada desde entonces.

Encontramos instalado en una parte de los terrenos que ocupan los molinos á Mr. Goldsegg, inteligente artista, que después de trabajar algún tiempo en los talleres de Woolwich se vino á Chile con su mujer y familia á fabricar cohetes para la expedición contra el Callao. Por no sé qué fatalidad sus cohetes dieron mal resultado, y el pobre Goldsegg se ha quedado aquí esperando algún empleo. Por desgracia las especulaciones mercantiles del ministro Rodríguez han distraído á otros objetos los fondos que podrían haber servido para reparar obras públicas y pagar especialistas en diversos ramos útiles al Estado, por lo que mucho temo que Goldsegg, con todo su mérito, vaya á aumentar la ya larga lista de las víctimas de frustradas esperanzas.

Desde los molinos de pólvora el camino sigue por una llanura baja y fértil, regada por numerosos canales artificiales y rodeada de cerros. Al pie de uno de los más escarpados contemplamos el agua del *Salto*, que, conforme á su nombre, salta de roca en roca desde la cumbre, ocultándose á veces detras de tupidos matorrales, brillando otras al sol de mediodía.

Los que han visto las *Cascatelle* de Tívoli han visto lo único que yo recuerdo comparable con esto; pero aquí no hay casa rústica de Mecenas que corone la cima del monte, ni templo de la Sibila que dé á la esena el encanto de la poesía clásica. Permanecí algunos minutos se-

parada de mis compañeros; y mientras una danza nube desprendida de los Andes avanzaba lentamente por el cielo, podría haber imaginado, imitando las fantasías de Ossían, que esa nube era el alma de algún antiguo cacique que, al par que lamentaba el olvido de su nombre y las desventuras de su pueblo, soberano un tiempo de estas tierras, se complacía en contemplar los ruseños campos cultivados que él contribuyó á hacer fructíferos con su trabajo, mas no, quizás, en verme á mí, uno de los blancos hijos del Oriente, de donde recibirían una vez más la libertad los hijos de los primeros dueños de este suelo.

Sea como fuere, ello es que la nube pasó, y mi animoso caballo comenzó á trepar por uno de los más escarpados caminos que jamás pensara escalar cuadrúpedo alguno, á no ser una cabra montés, tal que luego me asaltó el pensamiento de que, según todas las probabilidades, no tardaría en ahogarme en alguna de esas corrientes, después de haber cruzado el inmenso océano sana y salva. Sin embargo, caballo y jinete encontrábase poco después ilesos en la cima del peñón, á unos doscientos cincuenta pies, antes más que menos, sobre la cumbre, de donde divisamos por primera vez el *Salto*, y en la cual hay un pequeño villorrio. Me bajé del caballo, y con la ayuda de dos de los compañeros atravesé uno de los canales para dominar el conjunto de la obra y de las caídas del agua.

No habíamos descendido, perceptiblemente al menos, desde que salimos de Santiago; sin embargo, aunque habíamos trepado el escarpado peñón del Salto, nos encontrábase aún en el llano de la ciudad, con un elevado cerro entre ella y nosotros, de bases desiguales, de modo que la falda Norte descansa bajo las cascadas y la falda Sur sobre ellas. A uno y otro lado la región parece á la simple vista perfectamente á nivel.

El Mapocho corre desde los Andes por la llanura superior; la inferior no tiene otras aguas que las de los canales artificiales, y no obstante la tierra baja es evidentemente mejor que la otra.

Los araucanos, bien conocedores de esta disposición de la comarca, abrieron canales por las rocas de granito, desde el Mapocho hasta los bordes del precipicio, y aprovecharon la pendiente natural del terreno para arrojar una considerable masa de agua desde el río hasta el valle de abajo, que cortan numerosos canales; y los campos regados de esta manera son los más fértiles de los que rodean á Santiago.

Los indios, en lugar de abrir un gran canal han abierto tres más pequeños, uno de los cuales va al centro del valle y los otros dos á los costados de los cerros que se alzan á uno y otro lado, fertilizando así toda la comarca, acertadísima disposición, tan interesante para el que admira la pintoresca belleza del paisaje como ventajosa para el agricultor.

A las bellas cascadas artificiales alabadas por los viajeros debe agregarse ésta, que es tan rica en belleza natural como Tívoli, y no menos notable, como obra de un arte primitivo, que el canal que lleva al Nera las aguas del Velino (1).

Yo, que conozco la obra del cónsul romano, puedo apreciar la de los indígenas de Chile; y sólo siento no ser poeta para inmortalizar estas bellas cascadas que se precipitan en el valle para reaparecer en graciosos arroyuelos que fertilizan el extenso llano. Con pesar nos alejamos de aquel sitio para regresar á la ciudad.

Tomando otro camino, cruzamos una llanura enteramente cubierta de piedrecillas, con grupos aislados de unos pequeños arbustos, á que son muy aficionados los caballos. Este es el lecho de invierno del Mapocho, que cubre todo este llano con sus aguas y deposita en él aquellas piedrecillas.

A medio camino entre el Salto y la ciudad nos detuvimos en una quinta perteneciente al hermano de la se-

---

(1) La célebre cascada *delle Marmore*, de 200 metros de altura, que desagua el río Velino en el Nera.—(N. del T.)

ñora Cotapos, ó para llamarla con más propiedad, doña Mercedes de Cotapos. Este caballero, don Enrique Lastra, ex Director de Chile, está actualmente alejado de la vida pública y se dedica al cultivo de su hacienda y á hacer experimentos para mejorar los vinos del país.

Ha conseguido fabricar un vino apenas inferior al champaña, y una imitación del vino de Madera, comparable con el mejor vino tinto de Tenerife. Los vinos chilenos son en general dulces y gruesos. Sus campos me parecieron muy bien cultivados, y su hacienda es la que más se ajusta á los métodos europeos de todas las que he visto en este país. Don Enrique no estaba en la casa cuando llegamos; pero fuimos amablemente recibidos por su esposa, que pertenece á la familia Izquierdo de Jara Quemada.

Estaba rodeada de sus ocho niños, enseñando á algunos y trabajando para los otros. La casa es pequeña, pero se construye actualmente un edificio anexo que duplicará su tamaño. En los principales aposentos habrá chimeneas, que reemplazarán los tradicionales braseros. Comienzan ya á darse grandes pasos en el sentido del progreso en este país, que hasta ahora ha sido el más reacio de todos los de este continente á los adelantos por causas de orden político, moral y físico que le son peculiares.

Luego llegó el ex Director. Parece hombre llano y sensible, de modales sencillos pero corteses; y no tardé en descubrir en su conversación cierto pulimiento, que debe haber adquirido de los libros, y un vigor de expresión, debido quizás á las circunstancias de una vida activa puesta al servicio de la pasada revolución. Sin embargo, me inclino á creerlo algo tardo y apocado, y falto quizás de esa prontitud y presencia de ánimo para hacer frente á las situaciones extraordinarias que son absolutamente necesarias para un hombre público en los actuales tiempos.

Su gabinete de trabajo es muy pequeño y haría sonreír á un estadista inglés ó francés habituado á trabajar en

medio de toda clase de comodidades; pero en la nueva casa se destina una sala para una numerosa biblioteca, ordenada por el mismo buen sentido que hasta ahora ha preferido los conocimientos útiles á los de mero adorno.

Sirviósenos un lunch compuesto exclusivamente de productos de la hacienda: salchichones tan buenos como los de Bolonia, pan tan blanco como el de trigo siciliano, mantequilla de que podrían enorgullecerse las lecherías de Inglaterra; de los vinos he hablado ya.

Quedé complacidísima con la visita, con la cariñosa hospitalidad de la familia y con los progresos que para bien del país está realizando.

Momentos después de llegar á casa recibí un magnífico obsequio de frutas y flores de doña Rosa O'Higgins: sandías, lúcumas, naranjas, limas y las más hermosas y raras flores, acomodadas en bandejas cubiertas con servilletas bordadas, que traían sobre la cabeza varios criados, vistosamente vestidos con la librea de palacio. Uno que venía sin librea se adelantó á darme un saludo de la señora.

En la noche las señoritas Cotapos y su hermano don José Antonio me agasajaron con el baile nacional del *cuándo*.

Lo ejecutan dos personas, y comienza lentamente como un minué; luego los movimientos se aceleran en conformidad con la música y el canto, que representa una especie de querella amorosa y la reconciliación final. El arte del danzante consiste en mantener el cuerpo á plomo y mover los pies con suma rapidez, que es lo que llaman *zapatear*.

Doña Mariquita tocaba el acompañamiento y cantaba unos versos que ella misma ha adaptado á la música, porque los versos corrientes son amorosos, que ella no quiso cantar, por corresponder al hombre cantarlos á su compañera.

Hay varias letras para el *cuándo*, y en la tierra en que se

habla el lenguaje de Sancho Panza, algunas son burlescas (1).

30.—Día de Santa Rosa, que aquí se celebra con grandes fiestas; en primer lugar, porque es santa sur-americana, y en segundo lugar, porque es el onomástico de la hermana de su excelencia. Por supuesto que todo el mundo fué á palacio á dejar sus tarjetas de congratulación.

Mi ánimo no está para fiestas; pero el que viaja por un

(1) He aquí algunas de las letras con que suele acompañarse este baile:

*Primer Cuándo.*

Anda, ingrato, que algún día  
con las mudanzas del tiempo,  
llorarás como yo lloro.  
sentirás como yo siento.

— — —  
Cuándo, cuándo,  
cuándo, mi vida, cuándo,  
cuándo será ese día  
de aquella feliz mañana,  
que nos lleven á los dos  
el chocolate á la cama.

Hay otro del mismo género cuyo texto no conservo. En él pregunta el galán á la dama cuándo llamará madre y hermana á la madre y hermana de él. Los primeros versos son iguales.

*Segundo Cuándo.*

Cuándo, cuándo,  
cuando yo me muera,  
no me lloren los parientes,  
llórenme los alambiques  
donde sacan aguardiente.  
A la plata me remito,  
lo demás es bobería,  
andar con la boca seca  
y la barriga vacía.

Estas dos letras se cantan con frecuencia en las chinganas, y hasta hace pocos años eran aceptadas por todas las clases sociales. Pero la apertura de los puertos de Sur-América poniendo á los nacionales en más íntimo contacto con los europeos, ha refinado el gusto de las clases elevadas.



país nuevo necesita observarlas, porque los entretenimientos públicos dan mucha luz acerca del carácter é inclinaciones del pueblo. Por lo tanto, determiné tomar un palco en el teatro para la función de la noche, y allá me fuí con mis amigas después de tomar mate con las señoras Izquierdo. Por una puerta que hay en un bajo muro entre el palacio del Consulado y el templo de los jesuítas, entramos á un recinto cuadrado, dentro del cual se encuentra el teatro, que me recordó los teatros provisionales que suelen verse en Europa en las ciudades de provincia.

Por otra parte, la sencillez y poca elevación de los edificios tienen satisfactoria explicación en un país de frecuentes terremotos. El interior dista mucho de ser despreciable; en esta materia he visto cosas peores en París. El escenario es bastante extenso, las decoraciones muy buenas, pero el proscenio demasiado bajo. En el telón de boca se lee en letras doradas:

"Aquí está el espejo de la virtud y del vicio:  
Miraos en él, y pronunciad juicio."

A la derecha del proscenio esté el palco del Director, adornado con sederías azules, rojas y blancas, los colores nacionales, con franjas doradas. Al frente se encuentra el palco del cabildo, menos suntuoso, pero decorado con los mismos colores. Aquí hay mucha afición al teatro, y casi todos los palcos son tomados por el año, de modo que sólo por especial favor conseguí uno esta noche.

El teatro estaba completamente lleno, y la belleza de las mujeres daba un gran lucimiento al conjunto de la sala. Poco después que nosotros llegaron el Director y su familia, las indiecitas inclusive. Acostumbrada á ver tributar homenajes á los soberanos, me puse de pie é hice una cortesía, y con no poca confusión observé que yo fuí la única en toda la sala que tal hizo. En el palco directorial tomaron mi cortesía como una manifestación individual mía, y me devolvieron el saludo.

La concurrencia pidió el himno nacional, que fué tocado y cantado como se acostumbra antes de comenzar la representación. Mientras se cantaba el himno, un grupo de señoras permaneció sentada, volviendo la espalda y hablando en alta voz, acto de imprudente y grosera impertinencia que en ninguna parte habría sido tolerada sino por la bondad del Director O'Higgins (1). Los actores hablan con voz muy clara, una excelente cualidad; pero sin expresión, y más bien que declamar parecen repetir una lección de memoria, defecto que hizo desmerecer mucho la pieza.

Era ésta *El Rey Nino Segundo*, pero no recuerdo ningún rey de este nombre que haya tenido la trágica historia que se le atribuye en este drama; y como aquí no dispongo de libros ni de literatos á quienes consultar, debo resignarme á no salir de mi ignorancia, aunque, si mis recuerdos no me engañan, la intriga de la pieza tiene algo de la historia de Zenobia. Por otra parte, hay en ella amoríos y asesinatos por mayor.

Representóse en seguida una comedia titulada *Los lo-*

---

(1) El himno nacional, de que transcribimos la primera estrofa y el coro, fué publicado por decreto del gobierno el 20 de Septiembre de 1819, ordenándose que se cantara en el teatro antes de las representaciones. Consta de diez estrofas; es obra de mérito, pero demasiado larga.

Ciudadanos, el amor sagrado  
de la patria os convoca á la lid:  
*Libertad* es el eco de alarma,  
la divisa, *triunfar ó morir*.  
El cadalso ó la antigua cadena  
os presenta el soberbio español;  
arracad el puñal al tirano,  
quebrantad ese cuello feroz.

*Coro.*

Dulce patria, recibe los votos  
con que Chile en tus aras juró  
que ó la tumba serás de los libres,  
ó el asilo contra la opresión.

*cos de Sevilla.* El gracioso de la pieza, un mendigo, ha ido ha parar al manicomio de la ciudad, donde los locos, empeñados cada uno en granjearse su amistad, le hacen mil jugadas.

No me fué posible compartir el regocijo con que la concurrencia celebró esta farsa, y experimenté un sentimiento de alivio cuando hubo concluído. Trajéronnos al palco algunos refrescos, que aceptamos de buena gana, y noté que fuera de nosotros y algunas otras personas, los asistentes consumieron dulces y vino, que parecen ser preferidos á otras clases de refrescos. La galería se reserva á los soldados, que tienen entrada gratis.

*Sábado 31.*—Después de cerciorarnos de que ningún santo se nos atravesaría en el camino, el señor De Roos y yo salimos nuevamente á recorrer la ciudad; y habiéndonos encontrado con el señor Prevost, aprovechamos su bondadoso ofrecimiento de mostrarnos la Casa de Moneda. Es, en verdad, un soberbio edificio. Iba á decir, dem asiado espléndido para Chile, sin acordarme de que el gobierno español lo construyó principalmente para el ensayo y amonedación de los productos de sus ricas minas, que la metrópoli consideró durante largo tiempo como el único objeto digno de atención en sus dominios americanos.

El edificio se compone de una serie de bellas columnas y pilastras de orden dórico que cubren dos pisos: los talleres en el inferior y los departamentos de los empleados arriba. Pasada una hermosa puerta, preséntase otro edificio interior, semejante á un templo y del mismo orden; allí están el tesoro, las prensas y los laboratorios de ensayos. La maquinaria es de una tosquedad superior á cuanto podría haberme imaginado.

Se proyecta instalar nuevas máquinas de modelo francés, que resultan más costosas que las de Boulton, y que, comparadas con éstas son lo que el antiguo martillo acuñador á los cuños de tornillo que se usan aquí en la actualidad. La mayor parte de la moneda que circula en Chile consiste en toscos trozos de plata, de pesos det (1-

minados y de formas irregulares, sellados á martillo, y lo más imperfecto y grosero que hasta ahora he visto en materia de monedas.

Ya han abandonado, sin embargo, este método de acuñación, reemplazándolo por el no menos lento y pesado de punzonear primero el metal y poner en seguida las piezas una por una bajo el tornillo. La oficina de ensayos está montada más á la moderna, pero yo soy demasiado incompetente en cosas de química para dar de ella una explicación apropiada. He oído que el gobierno piensa acuñar moneda de poco valor, que beneficiará mucho al pueblo. Más de una vez he tenido ocasión de notar aquí los inconvenientes que resultan de la falta de moneda divisionaria. No hay en circulación ninguna de menos valor que un cuartillo ó cuarto de real que, estimando el dolar en cuatro chelines seis peniques, vale más de penique y medio; y, además, no se acuñan cuartillos, y son tan escasos que sólo he visto tres desde Abril.

Podemos, pues, considerar como la moneda corriente de menos valor el medio, que equivale aproximadamente á tres y medio peniques, suma con que, dado el bajo precio del pan y la carne, puede comer una familia. ¿Qué hará en tales circunstancias un jornalero sin familia? Este mal, grande de suyo, ha ocasionado otro mayor.

A fin de suministrar á los clientes una cantidad inferior á un medio ó á un cuartillo, los dueños de *pulperías* dan en cambio de pesos ó reales pagarés ó vales; pero, aun cuando el artículo comprado valga medio peso, y otro tanto el vale, el dueño de la pulpería no lo paga en dinero sino en mercaderías, de suerte que, en resumidas cuentas, toda la moneda del pobre parroquiano queda en poder de aquél, á que se agrega la posibilidad ó probabilidad de que un campesino, que no sabe leer ni escribir, rompa el vale como un papel inútil.

Muchas y rápidas fortunas se han formado con estos vales, y la pérdida que ellos representan para los pobres es superior á cualquiera de las contribuciones directas

impuestas por el gobierno. Algunos ricos comerciantes, amigos ó parientes del ministro, han aprovechado este estado de cosas y se han establecido un buen número de pulperías costeadas por ellos, bajo el nombre de agentes subalternos. Y esta es probablemente una de las razones de la demora en acuñar la indispensable moneda divisoria.

De la Casa de Moneda fuimos al Consulado, donde me habría gustado hallarme desde el principio de la sesión. Había preguntado de antemano al Director si era permitido á las mujeres ir allá. Me dijo que su madre y su hermana habían asistido á la sesión inaugural, y que los extranjeros tenían entrada libre; pero, como la inusitada presencia de una señora podría sorprender á los convencionales, hablaría previamente con el presidente de la corporación.

Nos dirigimos, pues, allá, el señor De Roos y yo, sin tener por desgracia á nadie que nos diera á conocer los nombres de los diputados. Empero, logramos saber que el presidente era Albano (1), diputado por Talca, y el vicepresidente Camilo Henríquez, el editor del *Mercurio de Chile* y poeta de circunstancias.

Entramos á la sala en los momentos en que se votaba una indicación sobre que en la discusión de todo proyecto de ley se necesitaría el acuerdo de los dos tercios de los miembros para la aprobación de cada artículo. Asistían unos veinte diputados y una media docena de espectadores, fuera de nosotros.

La sala es bella y espaciosa. En uno de sus extremos se halla el sillón del presidente, bajo un hermoso dosel tricolor, con adornos de oro. Cuando asiste el Director, ocupa este sillón, y el presidente se sienta á su derecha. Los diputados se acomodaban en bancos arrimados á la pared, á uno y otro lado de la sala, los secretarios y el

(1) El presbítero don Casimiro Albano, canónigo, miembro del congreso en varias ocasiones y autor de una Memoria sobre don Bernardo O'Higgins.—(N. del T.)

vicepresidente en una mesa delante del presidente, y los espectadores en bancas semejantes á las de los diputados, pero á mayor distancia del presidente.

Pensaba que la asistencia de una señora inglesa y de un marino inglés á las deliberaciones de una asamblea nacional en Chile es, después de todo, un caso bastante curioso. Pero lo que en tiempo de Addison habría parecido cosa de cuento, en el actual se realiza todos los días, sin que nadie se sorprenda. Yo me encontré en la capital Mahratta, mientras la defendían fuerzas inglesas; he asistido á un templo protestante en la plaza Trajano en Roma; he concurrido á las sesiones de un tribunal inglés de justicia en Malta, ¿qué tiene, pues, de extraño que ahora escuchara las deliberaciones de un congreso nacional representativo de una colonia española?

Quizás nunca ha experimentado el mundo tan grandes cambios como en los últimos treinta y cinco años. Que *todo* haya sido para bien, nadie que reflexione sobre el imperfecto estado de la humanidad lo creerá; pero abrigo la esperanza de que la mayor parte de estos cambios ha mejorado la condición general de la naturaleza humana. No sé hasta dónde me habrían llevado mis meditaciones si el vicepresidente y el secretario no hubieran interrumpido el silencio que se siguió á la votación con la lectura de un informe, leído el cual la sala procedió á deliberar.

Leyó en seguida el presidente un mensaje del Director, en que sometía á la consideración de la asamblea la conveniencia de enviar representantes á diversos estados extranjeros y de asignarles sueldos adecuados. Esto dió lugar á una animada discusión, de una libertad é independencia que no esperaba en una cámara tan joven y nombrada por el poder ejecutivo. No hubo oposición al envío de representantes, pero sobre el segundo punto se suscitaron varias cuestiones.

¿Podría la Convención autorizar tales sueldos antes de conocer las entradas actuales del país? ¿Podría conceder-

se dinero para nuevos gastos, cuando se debía al ejército una fuerte suma? (Más de 18.000 pesos.) Y no se hizo mención de la escuadra, que se halla en el mismo caso. El discurso del presidente al abrir la discusión y su réplica á la indicación de que se examinaran previamente las cuentas de las entradas y gastos del país, fueron habilísimos y dichos con la facilidad y elocuencia de un hombre acostumbrado á hablar en público. Es sacerdote. Se discutió con calor, pero á la vez con gran decoro.

Los convencionales se ponían de pie para hablar, y cuando se levantaban dos al mismo tiempo, el presidente daba la palabra al que veía primero.

Quedé muy complacida con mi visita á la Convención, y me retiré con el deseo de que pronto tuviera el país un gobierno regular cimentado sobre bases más firmes y más fecundo en resultados prácticos que hasta el presente.

A mi juicio, Chile ha dado grandes pasos en el camino del progreso; creo, sin embargo, que los hombres, como todas las cosas, aparecen cuando se les necesita. Hay aquí elementos para la formación de un Estado; pero, antes de tenerse lo que constituye esencialmente un Estado, es necesario formar hombres.

"Men, high-minded men,  
Men who their duties know:  
But know their rights, and knowing dare maintain" (1).

Desde la revolución los impulsa un amargo sentimiento de rencor contra la pasada tiranía de la metrópoli, pero sus ideas siguen siendo aún esencialmente españolas, y la formación y desarrollo del carácter nacional chileno serán la obra de la educación y del tiempo.

Doña Isabel y doña Rosa O'Higgins me esperaban en

---

(1) "Hombres, hombres de mente superior, hombres que conozcan sus deberes, pero que conozcan también sus derechos y sepan defenderlos."

casa, aunque se me había asegurado que era imposible que se resolvieran á venir. Ahora, muertos los hermanos Carrera y extinguida ya, según se cree, la facción que ellos presidieron, toca á los que están á la cabeza de los negocios públicos de Chile conquistarse la estimación general del país, y no dudo que ellos ven gustosos mi presencia en el hogar de esta familia como un pretexto para visitarla sin las formalidades de una reconciliación.

En la noche fuí al palacio y conversé largamente con el Director, en especial sobre la primera época de la revolución, en que le cupo desempeñar tan brillante papel. A propósito de la escasez de armas del ejército patriota mientras ocupaba las riberas del Maule, me dijo que los patriotas no tenían frecuentemente otras armas que los yugos de sus bueyes, con los cuales combatían con los realistas cuerpo á cuerpo.

Él mismo, entre otros arbitrios inspirados por la desesperación, se hizo fabricar un cañón de madera, que estalló al quinto disparo. Le pedí que me dijera algo de su participación en los negocios públicos, á lo que accedió con ingenua franqueza. Con la llegada de varios caballeros la conversación se hizo general. Versó sobre el *Libertador* Simón Bolívar y la recepción de los diputados españoles en Caracas; se rechazó la idea de escuchar proposiciones que no estuvieran fundadas en el reconocimiento de la independencia de la América española.

Me retiré temprano del palacio, y atravesé la plaza para ver la gente que recorría las tiendas de las arquerías. La escena es tan bella como me lo imaginaba. Todos los pequeños puestos están iluminados; las mejores mercaderías salen á relucir; y las señoras, que para este paseo nocturno se visten con elegancia, se ven muy bien.

El sitio, bello de por sí, lo es mucho más en las noches de luna; disimúlense entonces los defectos y se observan mejor las bellezas. Las sombras proyectadas por los grandes aleros hacen menos sensible la poca elevación de las casas. Las anchas calles y los hermosos edificios públicos,



y, sobre todo, las majestuosas montañas, que dominan todo el paisaje y que á pesar de su lejanía parecen contiguas á la ciudad, aparecen de noche mucho más ventajosamente que de día.

*Domingo 1.º de Septiembre de 1822.*—Fuí esta noche con mis amigas á casa de las señoras Godoy, donde encontramos al señor Prevost y otras doce personas mas, que nos esperaban para hacer un paseo á los alrededores. Partimos, en efecto, las señoras mayores en calesas y las demás á pie, hacia el llano donde suelen tener lugar las chinganas. Pero ¡ay! no había chinganas. Actualmente se hace una rogativa de nueve días á San Isidro para alcanzar lluvia, y mientras tanto se suspenden las diversiones populares.

Sin embargo, aunque se prohíbe á los músicos la entrada al llano, en los puestos se venden frituras, carne asada, pescado y licores como de costumbre, y la gente del pueblo, haraganeando y observándolo todo, parece preguntarse qué tienen que hacer San Isidro y la rogativa con los músicos y las cantoras, que pierden hoy de ganar su acostumbrado real y medio. Llévalo, empero, con paciencia y dicen: "Indudablemente los campos necesitan agua, y los padres saben pedirla."

Llegados al llano, nos dirigimos á uno de sus sitios más pintorescos, y allí encontramos que los criados de la casa de Godoy habían tendido alfombras y puesto sillas y cojines para la comitiva, y en pequeñas mesas preparaban te mate con leche, frutas y tortas. Doña Carmen Godoy distribuyó ramos de flores entre las invitadas; para cada uno tenía la galante y jovial señora alguna palabra amable.

Los caballeros sirvieron á las señoras, y después de una hora muy agradable anduvimos un rato por entre la gente del pueblo, observando sus trajes y juegos. Las costumbres del país no permiten que las señoritas tomen el brazo de los caballeros, aunque valsan y danzan con ellos. Algunos comienzan ya á quebrantar esta regla, pero

nuestras jóvenes amigas son sumamente delicadas á este respecto.

Los chilenos, con su afición á los entretenimientos campestres, me recuerdan lo que cuentan los viajeros de los habitantes del feliz valle de Cashmeer, quienes pasan los días y las noches de luna en su hermoso lago ó en las floridas islas que lo adornan. Para una familia chilena no hay placer mayor que un paseo á pie ó á caballo al campo, un mate tomado en un jardín ó en las faldas de un cerro, bajo un frondoso árbol, y todas las clases sociales parecen ser igualmente aficionadas á estos rústicos goces.

Al ponerse el sol regresamos á la casa de Cotapos, donde los jóvenes cantaron y bailaron hasta una hora avanzada de la noche.

Recibí la visita de don Camilo Henríquez, diputado por Valdivia y en el año pasado secretario de la Convención. Es persona inteligente y de agradable trato. Lo acompañaba el doctor Vera, literato y poeta. A ser verdad lo que he oído, posee el don de improvisar en igual grado que Metastasio; me dicen también que sus poesías escritas son tan limadas como las del mismo poeta.

Es albino; sus cabellos, ojos y tez se asemejan á los de los albinos que suelen verse en Europa, pero su inteligencia dista mucho de tener la debilidad que generalmente acompaña los caracteres físicos de los albinos; por el contrario, es superior á la inteligencia media de sus compatriotas, y no temo afirmar que el doctor Vera podría figurar como literato en Europa. Ultimamente ha mejorado de un enorme bocio, tan enorme, que amenazaba ahogarlo, cuando un amigo le aconsejó que lo bañara con agua de Colonia.

Hízolo así durante algún tiempo y varias veces al día, y ya la hinchazón ha disminuído tanto, que puede usar corbata como cualquier otro. Yo no me dí cuenta de que tenía bocio hasta que me lo dijeron. Nadie acierta á explicarse esta curación, que refiero tal como me la relató él mismo.

2 de Septiembre.—Hoy á las diez, el señor Prevost, el señor de Roos, doña Mariquita, don José Antonio y yo emprendimos viaje á los baños de Colina, como á diez leguas ó un poco más de la ciudad. Hasta las primeras tres leguas de Santiago se sigue el camino de Mendoza, que atraviesa una llanura, en su mayor parte pedregosa, con excepción de una pequeña altura, llamada el *Portezuelo*, por la cual pasamos entre dos cerros á otra parte del llano; la parte próxima á la ciudad está cubierta de huertos, regados por el agua del Salto. Pasado el *Portezuelo* llegamos á una vasta hacienda de uno de los Izquierdo, donde se hacían los preparativos del rodeo anual.

Las haciendas ganaderas, parecidas á las tierras forestales de Inglaterra, son mucho más pintorescas que las otras, pero al mismo tiempo más incultas y con menos apariencias de civilización.

Seguimos por la falda de un elevado cerro que se desprende de los Andes en una extensión como de cuatro leguas, y entramos á la *garganta* de la montaña en que están situados los baños. Anuncian la proximidad de ellos anchos esteros, en parte secos actualmente, árboles más altos y vigorosos y más variados á la vez que más encerrados paisajes. Encontramos durante el camino varias casas de campo, en una de las cuales nos detuvimos á descansar y tomar algún alimento.

El ir y venir de los criados de la hacienda impartía animación é interés á la escena. Pero ahora no veíamos ni vestigios de habitación humana, y pasamos la garganta por un angosto sendero de cinco á seis millas, de no fácil ejecución y algo peligroso, hasta que llegamos á los baños, que presentan un aspecto de la mayor desolación, á que contribuye quizás la tristeza del día.

Aún no termina el invierno; la hierba no alegra las faldas rojizas del cerro; sólo uno que otro arbusto de hojas perennes, con sus yemas todavía cerradas, pende de la ladera de la montaña sobre el valle que se extiende á sus pies. Un hermoso y cristalino arroyo se abre paso por el

valle; sus fuentes son los célebres baños. Varios abundantes manantiales brotan de la roca viva á una temperatura que no baja de 100 grados Fahrenheit (1). El agua es clarísima, sin ningún sabor ni olor especial, cualidades que adquiere embotellada en unas pocas horas, según dicen.

Dos series de construcciones de ladrillos, divididas en varios departamentos (no recuerdo si tres en una y cuatro en la otra, ó tres en cada una), protegen los manantiales de la lluvia y el polvo. Cavidades abiertas en las rocas forman los baños, con un frente de ladrillo, por el cual un pequeño conducto cuadrado deja salir libremente el agua, de modo que una corriente constante pasa por cada depósito, sin comunicarse entre sí.

La cantidad de agua caliente es tan grande que, al salir de los baños, con el aumento de un pequeño manantial que se le une en su camino, forma el río Colina, que va serpenteando por más de treinta leguas y alimenta el lago Pudahuel. Anexas á los baños hay tres largas filas de edificios, cada una de las cuales contiene diez á doce aposentos, con un corredor común al frente. En ellos se instalan los bañistas que acuden á Colina durante el verano, esto es, desde Noviembre hasta Junio.

Las aguas son recomendadas para el reumatismo, la ictericia, las escrófulas y las enfermedades cutáneas. Para la gente pobre hay una serie de habitaciones, cuyas piezas miden seis pies por siete. En cada pieza se alberga una familia entera, que en algún sitio inmediato construye una ramada para preparar la comida. De igual manera se acomodan los ricos, con la sola diferencia que sus aposentos son mayores, llegando algunos á tener quince pies por lado.

La gente vive principalmente fuera de las casas, pues

---

(1) Que equivalen á 37,78 centígrados. En los últimos años se ha observado un descenso notable en la temperatura de estas aguas.—  
(N. del T.)